

Manos rotas

Tomó su taza de café con su mano derecha, las llaves de su carcachita con su mano izquierda, abrió la puerta y encendió la luz de las gradas porque estaba muy oscuro. Se arropó muy bien con una chompa¹, un saco, y un par de guantes de lana color rojo con negro; salió al parqueadero apresurada porque ya se hacía tarde para entrar a su trabajo, porque en la fábrica son muy exigentes con la puntualidad. Mientras manejaba oraba por sus hijos y por su marido.

-”Padre bendíceles a mis hijos, dales un buen día, Dios mió dale paz a mi José, permítele que otra vez sea doctor. Dame fuerzas para continuar en tus caminos, ya muchas veces siento que no doy más que me voy a morir...no permitas que me muera...no todavía”

Al terminar sus oraciones Mónica se acercaba a la puerta principal de la fábrica. La infraestructura era impresionante, un galpón de metal plomo sin ninguna decoración, con dos chimeneas a los dos extremos y en el medio una puerta gigantesca. “Esto se parece a un lobo con sus fauces abiertas”, pensaba. Entró y reflexionó, “estoy otra vez, dentro del estómago de la bestia”. Mónica se puso a arreglar su estación para comenzar la ardua y dura jornada. Alguien en el frente gritó con toda voz “¡Orale ya está... comenzamos!” La línea de ensamblaje empezó a moverse, la máquina rápidamente escupía la cera de vela en los recipientes de vidrio y Mónica vió en la cartelera que ese día se necesitaban cincuenta mil velas. Ella nunca ha limpiado tantos recipientes de vidrio; por un segundo, se quedó estupefacta, sin poder moverse, atónita por la tarea que la vida le había puesto en su camino. Uno de esos pequeños recipientes le rozó la mano y se despertó del trance que le produjo al observar la magnitud de la tarea de ese día, tomó un trapo, la mitad del mismo lo sumergió en un químico de olor muy penetrante. Sus manos comenzaron a moverse, éstas asemejaban a los pistones del motor de un automóvil de carreras y ella limpiaba, limpiaba y no paraba de limpiar, no podía mantenerse en el tope, la máquina le estaba ganando; no importaban sus intentos, la máquina parecía que estuviera con vida, mientras más rápido limpiaba la máquina infernal aumentaba la velocidad, ella con sus manos limpiaba pero con su mente divagaba, divagaba a aquellos tiempos de su profesión real, épocas en las cuales entraba a fábricas con su mandil blanco y su maletín negro, como doctora infundiendo respeto y amor porque iba a realizar una tarea de ayuda a los trabajadores, en su salud, y las personas de su entorno la respetaban y la querían. Tiempos en los que, cuando estaba en su casa se levantaba y abría las ventanas de

su cuarto para disfrutar de la brisa y del sol mañanero observando con profunda emoción como sus hijos jugaban, con la sonrisa feliz en sus caras y una espontánea risa que retumbaba en las paredes de la casa; tiempos en los que su marido también era feliz. “Ay, aquellos tiempos que nunca volverán.” Su trance fue detenido por el sonido del pito señalando tiempo para el lunch, cogió su fundita, caminando se fue a su carcachita. Prendió la calefacción, reclinó el asiento y descansó por unos segundos, sus manos casi ya no podían moverse, las miró con asombro y tristeza, se habían hinchado y deformado por la ardua tarea. “Nunca serán las mismas, nunca podré tener mis manos como antes; ahora sólo me quedan unas manos hinchadas llenas de reumas” ella pensó para sí misma. Sin embargo, antes que ella pudiera poner el primer bocado de comida en su boca, el pito de la fábrica sonó llamando al trabajo otra vez, salió de su carcachita y regresó a su estación de trabajo. Alguien en el frente gritó a toda voz “¡Orale ya está... comenzamos otra vez!” Una vez más, Mónica trabajó, luchó y dio todo lo que pudo, pero la máquina infernal superaba sus esfuerzos.

Cansada y frustrada ella pensaba en sus hijos que tanto amaba, que ella había sacrificado todo y que daría su vida misma por ellos, agachó su cabeza, apretujó el trapo dentro de sus manos y oró:

“Padre nuestro
Que estas en los cielos
Santificado sea tu nombre
Venga a nosotros tu Reino
Hágase tu voluntad aquí en la tierra
como en el cielo
Danos el pan de cada día
Perdona nuestras ofensas
así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden
No nos dejes caer en la tentación
Y líbranos de todo mal
Porque tuyo es el poder y la gloria
Por todo los siglos de los siglos
Amén”

La máquina como si supiera lo que oró, comenzó a moverse aún más rápido, Mónica agachó su cabeza y lo único que hacía era mover sus rotas manos, no hizo nada más que mover sus manos con todo lo que ella tenía, era como si cada gota de esperanza, de amor se hubiera derramado a sus manos, terminando de dar todo de sí; finalmente el pito de salida dio su

último chillido, limpió su estación e hizo su partida, una voz en la parte de atrás gritó: “Mónica hoy terminaste cincuenta mil diez velas.” Había vencido a la máquina infernal otro día más, salió por la puerta principal sin halagos, ni gloria, sin corona de hojas; sólo con su amor y esperanza llevados a cuestras en sus hombros.

Notas

¹ Prenda de vestir de punto, cerrada y con mangas, que cubre desde el cuello hasta la cintura aproximadamente.

Carlos Álvarez

Crítica:

En el relato “Manos rotas”, la omnisciencia de la voz narrativa nos permite vislumbrar a una mujer dividida en dos dimensiones: la de la cruda realidad de quien lo ha perdido todo y se ve obligada a realizar un trabajo inferior al que su preparación le permitiría, y la de la nostalgia por los tiempos mejores en los que el trabajo no era una fuente de supervivencia sino de orgullo. Por medio de un recorrido analéptico que va y viene del presente al pasado, la narración nos lleva por los dolores del día a día y por las dichas perdidas de una vida anterior. El símbolo permanente de este recorrido son las manos rotas de la protagonista, recuerdo constante de lo que un día fue pero no será ya más. Estas manos, ahora ajadas, hinchadas, adoloridas, son el sustento de una familia entera atacada por los avatares del destino y llevan consigo la responsabilidad de quien ha decidido mantenerse en pie por el amor a los suyos.

El diálogo interno de la protagonista se mueve en la esfera de la tradición judeocristiana. La fábrica y la máquina son las representaciones demoníacas del infierno que puede ser la vida de una obrera, en tanto que su fe y sus oraciones son los alicientes que le permiten sostenerse por aquellos a quienes ama. De este modo, mujer y máquina se convierten en los adalides de una lucha sostenida diariamente en el campo de batalla de la fábrica. Con todo, las verdaderas fuerzas oscuras en pugna son las que aparecen sugeridas en el texto, es decir, las de una situación social y un sistema económico que dejan prácticamente desposeída a una profesional, obligándola a someterse a los abusos y las vejaciones de un trabajo esclavizante. Tan desigual lucha se resuelve más en términos espirituales que prácticos; la fe y el amor familiar logran el triunfo de un día pero no traen la derrota definitiva de una maquinaria siempre presta a devorar los sueños y esperanzas de una madre trabajadora.

Adriana Betancur

